



EL FAMOSO grupo francés de Los Seis, con Cocteau al piano, tuvo gran influencia...

RECORDANDO A HONEGGER



HONEGGER CON Ingrid Bergman, última intérprete de Juana en la Hoguera.

ARTHUR HONEGGER, músico admirable.



HUBO un tiempo en el que seis músicos pretendieron, y en parte considerable lo lograron, eclipsar a un conjunto de rusos conocido por el *Grupo de los Cinco*. Los cinco moscovitas eran los magníficos maestros Moussorgsky, Borodine, Rimsky-Korsakov, Caesar Cui y Balakirev. El clan de los seis franceses lo constituían Darius Milhaud, Georges Auric, Francis Poulenc, Louis Durey, Germaine Tailleferre y Honegger. Si todos estos eminentes valcres no alcanzaron la elevadísima categoría de los que compusieron el grupo ruso, no hay duda de que los seis franceses han impreso a la moderna música gala una personalidad, un ímpetu renovador y una universalidad en cuanto a la libertad de concepto, extraordinaria. Hoy cada uno de los elementos que se aunaron bajo la dirección y orientación de Eric Satie poseen nombre y renombre mundial y a esa fama contribuyó, con sus especiales características, el recientemente desaparecido Arthur Honegger, al que queremos recordar ahora nuevamente, como testimonio de admiración hacia él, uno de los artistas más admirables con que ha contado la música francesa en estos últimos tiempos.

Eran las fechas de los propósitos y realizaciones revolucionarias en los campos de todas las artes, y en aquel movimiento renovador que radicaba en París no podía faltar un *Enfant Terrible*, que por entonces era Jean Cocteau, quien naturalmente, de inmediato, se erigió en consejero del *Grupo de los Seis*. Durante un cuarto de siglo Honegger fue uno de los valores más firmes y originales con que ha contado el arte del sonido en la actualidad. Era de procedencia suiza, pero había nacido en El Havre. Fue de los seis del grupo el que más enraizó su inspiración en las formas y cánones germanos, pero a pesar de esa concomitancia con lo alemán, a la que no se acercaron los otros cinco compañeros, la "manera" originalísima de Arthur Honegger personalizó, digámoslo así, una fase, un aspecto de aquella nueva fórmula francesa creada por los seis maestros cuyos nombres han llenado y llenan aún para bien del arte el mundo de la filarmonía. No es cosa de analizar en estas notas la

iniciación y progreso de la música de Honegger. De lo que se trata es de rememorar al autor de *Juana de Arco en la Hoguera* precisamente por el éxito definitivo que la obra ha tenido en México, montada e interpretada en la escena del Palacio de las Bellas Artes tan bien o mejor como haya podido serlo en cualquier parte de las reconocidas como las más avanzadas y fieles en cuanto a presentación.

En 1947 sufrió el maestro una primera crisis debida a una trombosis coronaria, de la que se repuso merced a su fuerte constitución y vigorosa naturaleza. Pero Honegger además de la lesión cardíaca padecía una flebitis, que llegó a complicarse con una embolia. Los médicos que asistieron al maestro en su primera crisis no le concedieron de vida más que tres años; la ciencia, por fortuna, falló en aquella ocasión, y el gran compositor, tres años después del plazo fatal daba a conocer su sinfonía *Die tre re - De tres re* que se negó a titular como la Quinta de su producción, porque según decía "Después de la compuesta por Beethoven no puede escribirse ninguna Quinta Sinfonía más..."

Fue la víspera de la primera guerra mundial cuando Arthur Honegger se elevó ya a la cima señera de la fama y popularidad con su primer oratorio bíblico *El Rey David*. Todavía no había cumplido treinta años y su nombre contaba ya entre los de más sólida celebridad del mundo musical; y no sólo del campo filarmónico, sino del predio literario pues las firmas de Cocteau, Valery y Paul Claudel a quien debió su *Juana de Arco en la Hoguera*, enlazaban su colosal prestigio con el que se había creado el autor de *Pacific 231*. Lo mismo que su colaborador, el gran poeta Claudel, en el *Liceo* del Havre estaba el mozo Honegger considerado como una fuerza ciega de la naturaleza. En el centro docente, donde cursó sus primeras enseñanzas se le tenía por el mejor nadador y el más resistente en pruebas de fondo. Entusiasta de todo deporte compuso, y harto conocido es, un poema sinfónico a la mayor gloria del "rugby". Pero con anterioridad había magnificado con su inspiración el universo del maquinismo y para ello en su momento eligió como musa inspiradora a una locomotora que lucía el nombre de *Pacific 231*.

Aquellas audacias orquestales fueron negadas, y de ellas renegó Honegger en sus postreras horas.

Había casado el compositor con la notable pianista Andree Vaurabour, y en brazos de ella expiró, sobre un diván del estudio que habitaba el matrimonio en el Boulevard Clichy. Lo curioso de esta pareja es que en el Conservatorio habían sido encarnizados rivales. Los detalles de los postreros instantes son conmovedores por lo patéticos. El 28 del último noviembre recluso en la pequeña estancia de su cuarto de dormir, a las nueve de la noche llamó a su hija: Pascuala. Esta había salido a la farmacia en busca de medicamento. A la llamada del paciente acudió entonces la esposa. "Quiero levantarme Vaura", dijole el maestro a su mujer. Quince días antes el doctor le había prescrito absoluto reposo: "Déjeme amigo doctor morir en paz...". Para complacer los deseos del ya moribundo, Vaura le ayudó a levantarse, casi cargándolo; caminó hasta el diván de su estudio. "Ayúdame a sentarme...". Y esas fueron sus últimas palabras. Lanzó un prolongado suspiro, y en él dejó la vida el gran músico.



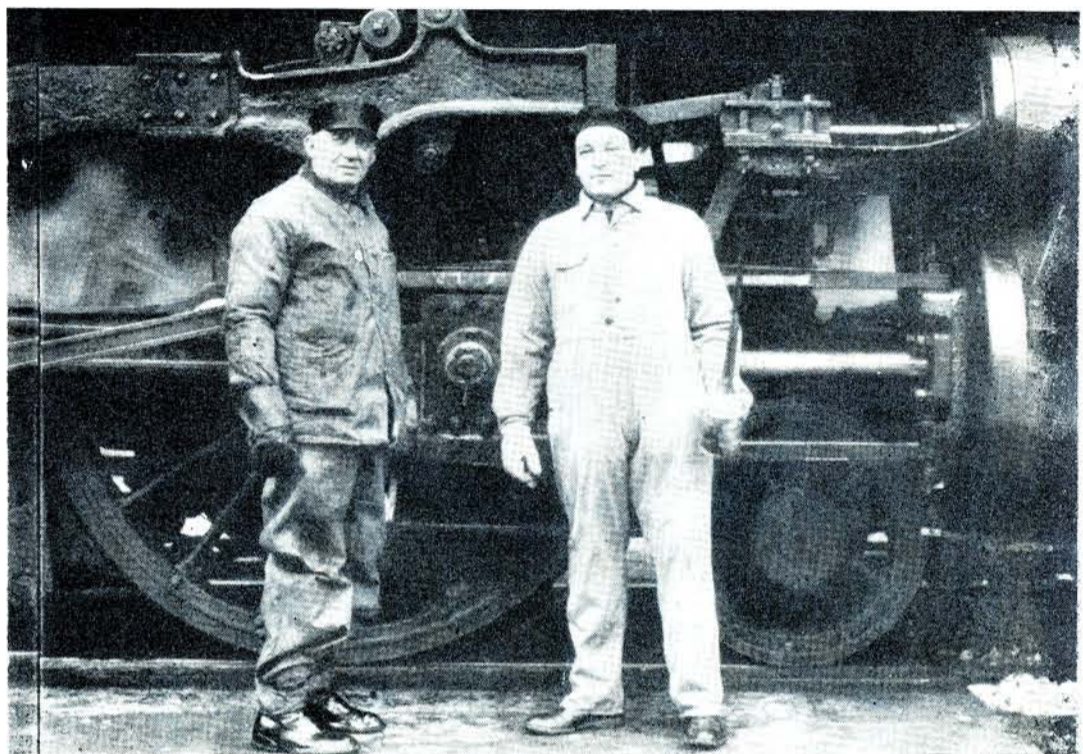
EL GRUPO de los Seis, presididos por Cocteau, niño terrible.



POULENC, COCTEAU, Honegger, Durey.

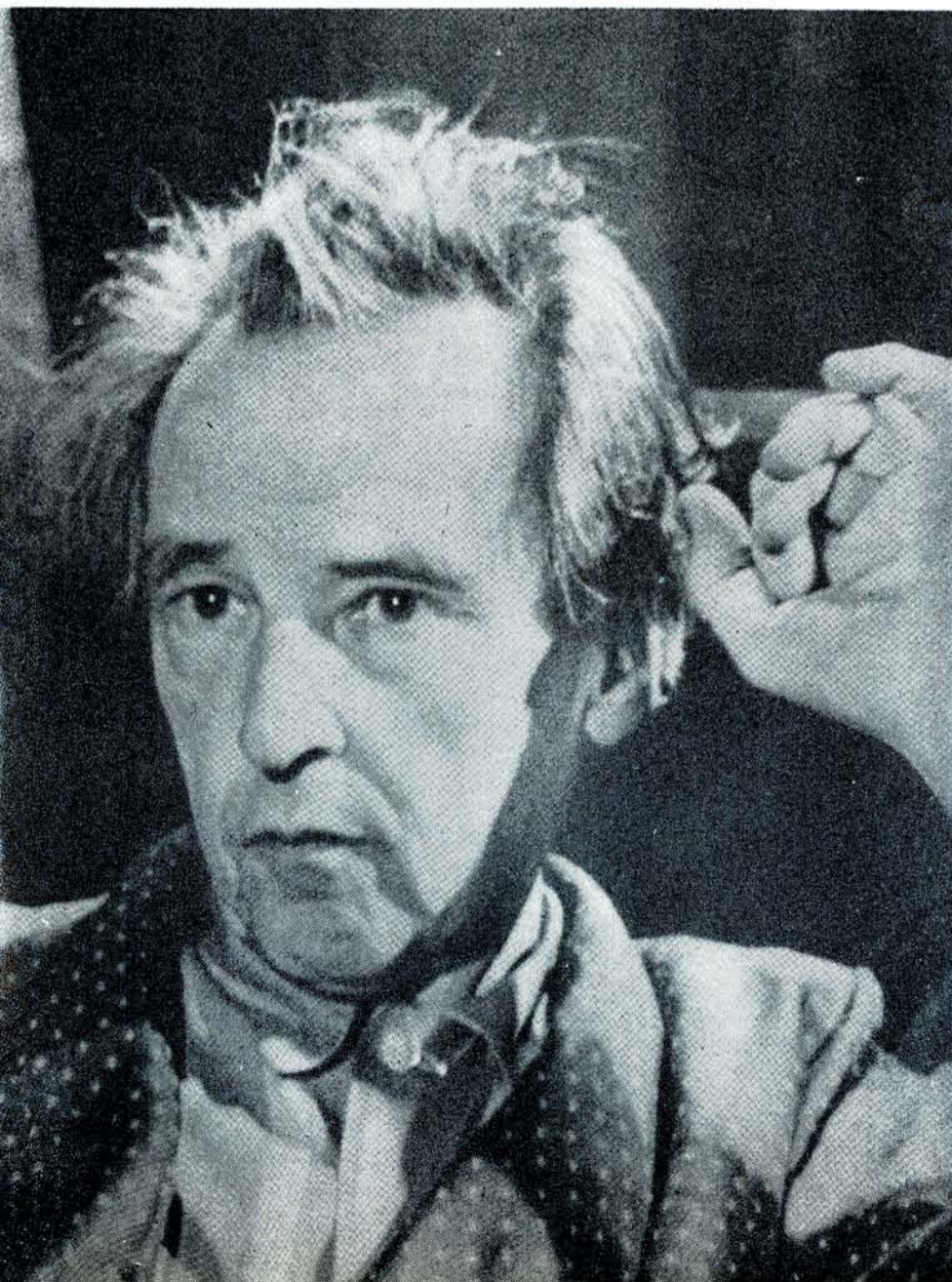


ARTHUR HONEGGER *ha muerto.*



HONEGGER, AUTOR de *Pacific 231*, condujo el expreso *Boston-Providence*...

OCHO AÑOS de sufrimientos lo acabaron. Así lo miró la muerte.



AQUÍ SOBRE su piano abierto, está la última obra. *La flor es de una corona fúnebre.*

